

que ver y sentir para contarlas con esa fluente amenidad que caracteriza su prosa. Pero esto no quiere decir que Guzmán no haya logrado en estos cuentos una bella realización. Como en el caso de Gorki o de Panait Istrati, este chileno de penetrante mirada va directamente al objetivo y sin mayores rodeos destaca a sus personajes dentro del ambiente en el cual los hace actuar.

En este libro hay que señalar el cuento «Ternura», en el cual la emoción corre fácil, para darnos la idea de lo que es ese sentimiento cuando a ratos, como una ráfaga de dulzura, embarga el corazón de los hombres que ya identificados con la miseria, casi no se dan cuenta de lo que ella significa. Demetrio, el viejo hambriento, que emplea su única moneda para ver sonreír a un chiquillo enfermo, en una noche de Navidad, es una estampa que se graba en el lector con fuerte relieve. Así también, la tristeza de ese otro hombre vencido, que describe en su cuento «Aun quedan madreselvas». Enfermo, víctima de toda la crueldad de las dolencias físicas, en el alma de ese hombre no surge el rencor hacia la mujer que lo engaña. Necesita amor, necesita amparo. Está vencido y ya no es capaz de sustentar en su pecho las violentas sacudidas del odio. Y entonces se aferra a la mujer fuerte, niño otra vez, para decirle que la sigue queriendo «a pesar de eso», y que la desea de nuevo, como en los días en que ella lo amaba. «Extramuros» es también otro cuento de fuerte relieve. Se ve que Nicomedes Guzmán va hacia adelante con paso firme, en busca de su meta.

<https://doi.org/10.29393/At233-179EBDI10179>

EL BAUTISTA. (Nascimento).

Con una amenidad rica en detalles de la época y con interesantes pasajes de la curiosa existencia de los judíos importantes que figuran en esos días, en que está próxima a iniciarse la era cristiana, el señor Vicuña nos presenta la historia del Bautista, el pastor iluminado que anuncia la llegada de un hom-

bre al cual «él no será digno ni siquiera de besarle la correa de sus sandalias».

Juan, hijo de Isabel y de Zacarías el anciano sacerdote del templo de Israel, nace también mediante la intervención divina, pues nadie cree que esa anciana y ese viejo Zacarías van a ser capaces de engendrar un hijo. Por haber dudado de ello, el mismo Zacarías se queda mudo y no recobra la palabra sino cuando el hijo nace y él escribe—de acuerdo con su esposa—en una tablilla su decisión de que se llame Juan: «Yochanam schemo».

Y Juan nace a su destino como una anticipación del Mesías. Cuando su edad y su retiro y meditación se lo permiten, se convierte en el predicador de las orillas del Jordán, que increpa a los sacerdotes del Sanhedrín su falta de moral para interpretar la ley del Dios de Moisés. Y entonces los miembros de aquel venerable tribunal de los judíos se conmueve. ¿Quién es ese hombre que se atreve a discutir su manera de actuar? Los fariseos y los saduceos se ponen de acuerdo para designar una embajada del Sanhedrín que vaya a averiguar lo que hay de cierto en la prédica del hijo de Zacarías. Y éste no da un paso atrás en sus acusaciones, cuando éstos lo interrogan.

Y llega el momento en que Juan, el predicador de las orillas del Jordán ingresa a la prisión de Maqueronte. Mientras abajo, en las oscuras cisternas giran los presos, arriba en los ricos salones vive y goza de la vida el Tetrarca Herodes, que se ha unido a Herodías, la mujer de su propio hermano. Herodes, a pesar de ser un hombre de conducta licenciosa e inmoral respetaba, sin embargo, la personalidad de Juan, y sufre un gran dolor cuando la bailarina Salomé, hija de Herodías su barragana, le pide la cabeza del Bautista. Pero accede a ello, porque no puede vivir sin el amor de la mujer que le arrebató a su propio hermano.

El libro del señor Vicuña es una hermosa síntesis de la vida del Bautista y una acertada descripción de las prácticas religiosas y las costumbres de los judíos de ese tiempo.